225

SERAFÍN Y JOAQUÍN ÁLVAREZ QUINTERO

[redacted]

A la luz de la luna

PASO DE COMEDIA

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1908

Copyright, 1908,
by S. y J. Álvarez Quintero.

A LA LUZ DE LA LUNA

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de représentation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, et compris la Suède, la Norvège et la Hollande.

Queda hecho el depósito que marca la ley

Á LA LUZ DE LA LUNA

PASO DE COMEDIA

DE

SERAFÍN Y JOAQUÍN ÁLVAREZ QUINTERO

Estrenado en el TEATRO ESPAÑOL el 21 de Enero de 1908

MADRID

R. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.º

Teléfono número 561

1908

A Rosario Pino

mujer encantadora y encantadora actriz,

sus encantados admiradores y amigos,

Los Autores.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
ELENA	Rosario Pino.
CARLOS	Emilio Thuillier.
DON FACUNDO	Francisco Palanca.

A LA LUZ DE LA LUNA

Pintoresca orilla de un rio. Es una noche clarísima de estío.

—

Carlos, recostado sobre la verde alfombra, que dicen los poetas, parece dormir. Sus ropas son de viaje Al lado tiene un maletín y una manta. Por la derecha del actor salen Elena y Don Facundo, también vestidos de viaje. Elena es la única estrella que ha consentido la luna esta noche. Don Facundo es un tio carnal de la estrella. Habla medio dormido y bosteza frecuentemente.

D. FAC. Pero ¿á dónde me llevas? ¿A dónde vamos á parar, sobrina de mi vida? ¿No ves que andando andando nos apartamos una legua del tren?

ELENA ¿Y qué nos importa, tío, qué nos importa, si ha de amanecernos así?

D. FAC. ¿Amanecernos?

ELENA ¡Pues claro está! ¿Es que cree usted que yo vuelvo á meterme en el tren después de lo ocurrido?

D. FAC. ¡Pero si no ha ocurrido nada, muchacha!

ELENA ¡Nada: es verdad! Media montaña que se derrumba; el tren que choca; la máquina que se hace polvo; el peligro enorme de ir todos los viajeros al río... ¿Le parece á usted poco todo eso, ó quería usted más? ¡Ay, qué espanto! ¡qué espanto!

606972

D. Fac. Eres una chiquilla. Yo no le quito importancia al hecho; mucho más que por lo pasado, por lo que ha podido pasar... Pero ya no hay riesgo ninguno... Todos los compañeros de viaje están metidos en sus coches, dándome envidia, dispuestos á dormir hasta que llegue el tren de auxilio. ¿Por qué hemos de permanecer nosotros al raso, á la luz de la luna?

Elena Acuéstese usted, si se le antoja; no se ocupe de mí. Estoy aterrada; nerviosísima... ¡Ay, qué nerviosísima estoy! Necesito esta brisa, esta calma, el ruido de las hojas, el rumor del agua del río... Y sobre todo necesito estar sola; quiero estar sola. Váyase usted y déjeme sola. Aquí no hay nadie. No me van á comer los lobos.

D. Fac. ¡Ay, Elena, Elena, qué testarudita te ha hecho Dios!

Elena Váyase usted, le digo, y duerma á pierna suelta, ya que tiene pasta para ello.

D. Fac. Lo que tengo es un sueño que me caigo, hija de mi alma. Apiádate de mí.

Elena ¿No le he dicho á usted que me deje?

D. Fac. ¡Y dale! ¿Vienes al tren ó no?

Elena ¡Ay, tío! ¡qué pesado es usted! Comprendo la muerte por cansancio de mi pobre tía.

D. Fac. Y yo la muerte repentina de tu pobre marido. Adiós. Ahí te quedas. En la berlina me hallarás. Que te hagan buen provecho el rumor de las aguas, y el de las hojas, y la brisa nocturna, y los gusanitos de luz... ¡Jesús, qué calamidad de sobrina! Vase por donde salió bostezando siempre.

Elena ¡Señor, Señor! ¡Cuánta prosa cabe en un tío paterno!... Suspirando. ¡Ay!... ¡Qué bien me va á hacer esta soledad!... Pasea. ~~Hermoso sitio es este~~... La luna, soberana del cielo, me mira desde lo alto, asombrada de verme tan sola... ¡Qué buenas amigas somos la luna y yo!... ¡Cuántas confidencias nos debemos!... Prestando oído. ¿A ver?... ¿Es un ruiseñor el que canta?... No. ¡Lástima grande! Me sería

tan grato oir cantar á un ruiseñor ahora mismo... ¡Canta, ruiseñor, canta! Si entre las ramas de estos árboles anidas, canta, que tienes quien te oiga y quien te comprenda... Nada: silencio... No se percibe otro rumor que el del aire jugando en las hojas, y el del agua del río que corre hacia el mar, y besa al paso estas orillas... ¡Bendita noche! ¡Ay!... ¡Me alegro de haber descarrilado!...

CARLOS Soñando en alta voz. ¡Ninguna! ¡ninguna como tú!

ELENA Aterrada. ¿Eh? ¡Dios mío! ¿Quién habla en esta soledad?

CARLOS ¡Tus ojos me arrastrarán adonde quieras!

ELENA ¡Jesús, qué miedo!... ¡Pero qué cosa más interesante! Acercándose cautelosamente hacia el sitio de donde parte la voz. ¿Quién será la persona que habla? ¡Pues si es un caballero dormido!...

CARLOS ¡A tu lado siempre! ¡contigo siempre!

ELENA Y que sueña conmigo... Es decir, con una mujer adorada... Su porte es señoril... Y por las trazas es un compañero de viaje... Buscó la soledad, como yo... y le ha rendido el sueño... Si él supiera que otra mujer se está enterando de los secretos de su alma... ¡Qué bonito! Mi marido nunca soñó en voz alta, como este... Roncaba nada más. Y de un modo que se quejaban todos los vecinos.

CARLOS ¡Convenceré á tu madre! ¡estrangularé á tu tutor! ¡incendiaré el convento! ¡haré un racimo con todas las monjas!

ELENA ¡Ave María Purísima!

CARLOS ¡No, no llores, vida mía, no llores! ¡Que se empañan tus ojos divinos, y no me puedo ver en ellos!

ELENA ¡Anda con Dios: ya se metió en la celda! Y parece guapo este hombre... O miente la luz de la luna... Yo voy á despertarlo.

CARLOS ¡Por aquí, por aquí! ¡La tornera es nuestra; la abadesa está amordazada; al sacristán lo hemos echado al pozo!

ELENA ¡Jesús! Este hombre se va á condenar.

CARLOS Despertándose sobresaltado. ¡Eh! ¡Quién! ¡Quién!

ELENA Gritando asustadísima. ¡Ay!

CARLOS Asustado á su vez por el grito de ella, se incorpora primero y luego se levanta, sin explicarse claramente la situación. ¡Eh! ¿Qué es esto? ¿Quién grita?

ELENA Caballero, por Dios, no alborote ni asuste; cálmese usted un poco...

CARLOS ¿Qué?

ELENA Que se calme usted un poco... que yo no soy el comendador...

CARLOS ¿El comendador, señorita?... No entiendo... Usted... yo... He tenido el gusto de descarrilar... Digo... Bueno, he descarrilado... Supongo que usted también habrá descarrilado... Vine aquí, me tumbé á la larga... perdone la expresión... y me quedé profundamente dormido...

ELENA Ya, ya. Y ha soñado usted en voz alta. Lo sé todo.

CARLOS Alarmadísimo ¿Todo? ¿Cómo todo? ¿He dicho lo de...? ¿He dicho alguna tontería?

ELENA Dormido, no.

CARLOS Pues es raro; porque como no manda uno en la voluntad...

ELENA Justo; sí.

CARLOS ¿Y usted, señorita, es una ninfa de este paraje ó es una compañera de tren?

ELENA Lo último nada más.

CARLOS ¡Oh! Más bien parece usted lo primero.

ELENA Es usted muy galante, á pesar del sueño que tiene. ¿Iba usted á Madrid?

CARLOS No, por cierto. Yo debía haberme quedado en un apeadero que hay á dos kilómetros de este sitio. Allí me esperaría con un caballo un criado de mi madre, y montado en él—en el caballo, naturalmente—llegaría al pueblo en que mi madre vive.

ELENA Ya.

CARLOS Es decir, que si tenemos la desgracia de descarrilar dos kilómetros más adelante, no nos encontramos aquí.

ELENA ¡Claro! ¡Si descarrilamos más adelante, qué habíamos de encontrarnos aquí!

CARLOS Entienda usted lo que quiero decirle.

ELENA Entendido.

CARLOS Y permítame usted que bendiga el trozo de montaña que se desprendió de la cumbre, y cayó á la vía, y detuvo al tren en su marcha.

ELENA Pasado el susto, y sin desgracias que lamentar, bendiga usted todo lo que quiera. Pero me va usted á decir por qué lo bendice.

CARLOS Porque á ello se debe, señorita, el que me estén mirando ahora mismo esos ojos, más bellos que esta noche clara, y el que estén oyendo mis oídos esa voz más dulce que el rumor del río y más transparente que sus ondas...

ELENA ¡Oh!... ¡A ver si se entera la monjita!

CARLOS ¿Qué monjita?

ELENA La del sueño de usted. Estaba usted soñando con una monja.

CARLOS ¡Milagro!

ELENA Había usted ahorcado ya á la abadesa del convento, y echado al pozo al sacristán, lo mismo que si fuera un galápago.

CARLOS Lo de siempre, sí: mi sueño favorito. Así como hay quien sueña frecuentemente que vuela, ó que lo coge un toro, ó que se le caen todos los dientes de una vez, ó que lo persiguen, ó que lo matan, yo rara es la noche que no sueño que me llevo á una monja.

ELENA ¿Colecciona usted?

CARLOS Parece que sí.

ELENA ¿Y era bonita la de esta noche?

CARLOS Era ideal. Comprenda usted que puesto á robarla, no había de cargar con ningún mamarracho. Era encantadora. Pero al despertarme y verla á usted me ha parecido un coco.

ELENA ¡Jesús!... Le advierto á usted que yo pierdo mucho con el sol... Me va mejor la luna.

CARLOS Lo dudo.

ELENA Pues no lo dude usted un momento.

CARLOS ¿Quiere usted someterse á la prueba?

ELENA ¿A qué prueba?

CARLOS Esperemos aquí juntos charlando hasta que llegue el día, y así me convenceré de la verdad por mis propios ojos.

ELENA ¿Y si la verdad es que en efecto me va mejor la luna?

CARLOS ¡Apago al sol de un soplo como una vela!

ELENA Soltando la carcajada. ¡Ja, ja, ja!

CARLOS ¡Oh, qué risa más cristalina y más alegre! ¡Se ha estremecido el bosque al oirla! Gritando. ¡Eco! ¡misterioso eco! ¿Qué haces que no te la llevas en tus alas para alegrar los campos?

ELENA ¡Ja, ja, ja!

CARLOS Ríase, ríase más y más, que me refresca el alma... y al mismo tiempo me deja ver su dentadura, que es monísima.

ELENA Ahí tiene usted: como digo una cosa digo otra: los dientes pierden á la luz de la luna. Ganan con la del sol.

CARLOS El sol y la luna y las estrellas, son los que pierden á su lado de usted, señorita.

ELENA Señora.

CARLOS ¡Ah, señora! ¿No es usted soltera?

ELENA No, señor. Si fuese soltera, ¿cree usted que estaría aquí?

CARLOS ¿Cómo es eso? Pues qué, ¿las solteras no descarrilan?

ELENA ¡Sí, señor! Pero no andan con esta libertad... A menos que descarrilen de otro modo.

CARLOS Eso sí. ¿De manera, mi dulce aparecida, que, por desgracia, todos sus irresistibles encantos tienen dueño?

ELENA Lo tenían.

CARLOS ¿Ha aplastado la máquina á su esposo?

ELENA ¡Jesús, hijo, qué atrocidad! La máquina no ha aplastado á nadie.

CARLOS Usted dispense.

ELENA Ni ha sido preciso. Mi esposo el pobrecito, se murió repentinamente.

CARLOS ¡Ah, caramba! ¿Hace mucho tiempo?

ELENA Cuatro años.

CARLOS Menos mal. No se ponga usted triste. ¿Usted tiene mucho que hacer esta noche?

ELENA Pero ¡qué cosas dice usted, hombre de Dios! Esperar á que llegue el tren de auxilio. ¿Y usted?

CARLOS Yo, nada. Verla á usted; oirla á usted; admirarla á usted. Nada más. Siéntese, siéntese junto á mí. Se sientan los dos en un tronco caído.

ELENA Con muchísimo gusto. Me encanta el lance. Todo lo extraordinario me atrae, me subyuga. Y este lance lo es.

CARLOS Aquí todo es extraordinario: mi suerte, su belleza... todo.

ELENA ¿Es usted poeta?

CARLOS Como todo enamorado, señora.

ELENA ¿Está usted enamorado, caballero?

CARLOS ¿No lo ha advertido usted, Luisa?

ELENA ¿Luisa?

CARLOS Qué, ¿no es su nombre Luisa?

ELENA No, señor, que es Elena.

CARLOS ¡Oh, Elena, Elena! ¡Precioso nombre! ¿Cómo no adiviné que era Elena?

ELENA Porque eso es muy difícil, Mateo.

CARLOS ¿Quién le ha dicho á usted que me llamo Mateo?

ELENA Contrariadísima. Pero ¿se llama usted Mateo?

CARLOS ¡No, señora! ¡De ninguna manera! Me llamo Carlos. Un nombre vulgar, pero bonito.

ELENA ¡Carlos, Carlos!...

CARLOS Si no le gusta, me confirmo inmediatamente. Carlos es mi nombre: mi apellido Quintana. Resido en Madrid casi todo el año; mi carrera es la de arquitecto, pero no hago más que castillos en el aire; vivo de mis rentas; soy libre como el pájaro, y deseo perder esta libertad en seguida. Si es posible, esta noche.

ELENA ¿Está usted loco?

CARLOS Completamente loco, Elena. Me han robado el juicio esos divinos ojos de usted, que ojalá me miraran con amor.

ELENA ¿Con amor y todo?

CARLOS Con amor, que es todo. ¿Por qué hemos de creer que el amor necesita de preámbulos, ni de antesalas, ni de paseos por la calle, ni de cartas retóricas, ni de presentaciones ridículas á los papás? El amor, ó estalla como un incendio, ó no es amor: es una amistad bastardeada é indigna.

ELENA ¡Ah! pienso como usted, Carlos: lo mismo que usted.

CARLOS Que me place.

ELENA Si el amor no es un sentimiento tan fuerte que anula y absorbe á todos los demás, que se enseñorea del corazón y del pensamiento, que es capaz de revolverlo todo, de trastornarlo todo, de crear un mundo y unas leyes sólo para él, sólo para sus horas... si el amor no es eso, vaya noramala el amor.

CARLOS ¡Justo, justo! ¡Admirable elocuencia!

ELENA Yo gozo íntimamente cuando leo que un emperador dejó su imperio por el beso de una bailarina; ó que un pobre pastor buscó la muerte en un precipicio, porque no tuvo alas para volar hasta el trono de una princesa...

CARLOS O que dos viajeros descarrilaron una noche, y se hallaron en la soledad del campo, á la orilla de un río, á la luz de la luna, bajo árboles protectores de su dicha, oyendo el beso de las ondas á sus pies, y el beso del aura en el ramaje... y que se miraron, y que se comprendieron, y que él tomó entre las suyas una mano de ella, que tenía cinco hojas, como los jazmines... y que sonó otro beso...

ELENA No, señor: con el de las ondas y el del aura basta por ahora.

CARLOS ¿Cómo por ahora? ¡Me deja usted atónito! Pues ¿no acaba usted misma de confesar que el amor, ó no es amor, ó no se detiene en... *por ahora?...*

ELENA Levantándose. ¡Ja, ja, ja!

CARLOS ¡La risa otra vez! Las mujeres cuando no quieren hablar demasiado, muchas veces ríen. Y su risa es careta del amor.

ELENA Pero ¿está usted seguro de que es amor lo que yo siento ahora y lo que siente usted?

CARLOS Yendo junto á ella. ¡Seguro! ¡Segurísimo! ¿Qué puede ser si no es amor esa sonrisa con que usted me escucha, este ardimiento con que yo le hablo, esa luz que asoma á sus ojos, este fuego que incendia los míos, ese suave temblor de su seno, esta inquietud que de todo mi ser se apodera, esta viva alegría que va

por camino invisible de usted á mí y de mí á usted, creciente como la luz de la mañana?... ¿Qué puede ser todo esto, si no es amor, y amor de ese que le encanta á usted leer en los libros?...

ELENA Tal vez, Carlos, tal vez... No me atrevo á decir que no... Acaso ahora mismo pasa el amor por este bosque solitario...

CARLOS Pues no lo dejemos pasar, Elena encantadora. Aprisionémoslo aquí entre nosotros.

ELENA ¡El amor que pasa!... ¡Qué admirable poesía!... ¿Le gusta á usted Becquer?

CARLOS Es mi poeta. ¿Y el... tuyo?

ELENA El mío también. Habla del amor con una delicadeza infinita, con una tristeza desesperada, que me hace llorar.

CARLOS ¡Oh! Preferimos al mismo poeta: señal de que sentimos igual. Los latidos de nuestros corazones marchan á compás de idéntico ritmo. Hemos nacido el uno para el otro. ¡Ay, si viniera un cura en el tren!

ELENA ¿Para qué, Carlos mío?

CARLOS ¡Para casarnos mañana al salir el sol, como soñó casarse Don Alvaro el indiano! ¿Qué tienes? ¿Por qué se nubla tu semblante, luz de mis ojos?

ELENA Con tristeza. ¡Ay, Carlos! Has pronunciado la palabra trágica. ¡Casarnos!

CARLOS ¡Casarnos, sí! ¿Qué mal hay en ello?

ELENA Cuando te digo que has pronunciado la palabra trágica...

CARLOS No te comprendo ahora...

ELENA Entre todas las rimas de nuestro querido poeta, hay una que me ha estremecido mil veces... y me ha hecho pensar mucho.

CARLOS Dímela. ¿Cuál es? Vuelven á sentarse.

ELENA *¿Quieres que de ese néctar delicioso*
no te amargue la hez?
Pues aspírale, acércale á tus labios
y déjale después.
¿Quieres que conservemos una dulce
memoria de este amor?
Pues amémonos hoy mucho, y mañana
digámonos «¡adiós!»

CARLOS Abatidísimo. ¡Ay! Los poetas, siempre, haciendo la realidad imposible.

ELENA No. Los poetas, siempre, viendo sólo la poesía de la realidad.

CARLOS Pero ¿por ventura en este amor nuestro no hay poesía?

ELENA En este amor, sí: pero echaría á volar en cuanto llamásemos al cura.

CARLOS ¿No hay poesía en el matrimonio?

ELENA La poesía con que tú sueñas, no.

CARLOS ¿No hay poesía en tener un hijo?

ELENA La más pura de todas. Pero por lo mismo que es la más pura, se quiebra de sutil, y como hija del cielo, el más leve aliento mundano la mata.

CARLOS Tampoco te comprendo ahora.

ELENA ¡Ay! pues es muy claro. Considera que se van como un sueño las dulces horas de la luna de miel, y que á esa luna sigue otra menos melosa, y que al fin y al cabo entran las aguas de nuestra vida en su cauce corriente... y llama á nuestras puertas un hijo...

CARLOS ¡Un hijo tuyo!

ELENA ¡Y tuyo!

CARLOS ¡Es natural!

ELENA Ese de que tú hablabas... Sonrosadito... rubio...

CARLOS Con los ojos azules...

ELENA Negros... negros...

CARLOS Azules... como los tuyos...

ELENA No... como los tuyos, negros...

CARLOS Azules...

ELENA Negros...

CARLOS Bueno: ¡uno azul y otro negro!... Sigue.

ELENA Imagina que ese ángel de Murillo nos sale llorón, y tienes tú que pasarte las noches, porque te da lástima de tu mujercita, paseándote en camisa de dormir por la alcoba, con el rorro en los brazos, cantándole la nana.

CARLOS ¡Oh, qué puerilidad! El amor que le tendré á nuestro hijo lo idealizará todo.

ELENA ¿Y si no es uno solo el que te doy, sino que

tras el primero vienen tres ó cuatro, ó cinco... ó seis... ó siete?

CARLOS ¿Llorones todos?

ELENA Todos. Cual más, cual menos. Es ley de la infancia. Llora porque nace. Los niños son la poesía que cantaba en nuestros corazones, que protesta de verse convertida en realidad... y llora por eso.

CARLOS Acaso digas una triste verdad... pero recargas los colores del cuadro... Eres cruel, Elena. ¡Mira que siete niños, llorones todos!

ELENA ¡Y con siete amas!

CARLOS ¡Amas no! ¡Prefiero siete cabras ó siete biberones!

ELENA Pues, anda... idealiza el biberón, Carlos mío... Te veo metido en la cocina cociendo la leche...

CARLOS Pero ¿es que yo lo voy á hacer todo en mi casa?

ELENA Lo harías por tu propia voluntad, infeliz; desconfiarías de toda la servidumbre. Y esto se sabría en el Casino; y los amigos te llamarían padrazo, y calzones...

CARLOS ¡Horror!

ELENA Y haciendo traición á tus mejores sentimientos, el recuerdo de tus amigas... de tus amigas... ¿sabes?... empezaría á halagarte como una brisa perfumada...

CARLOS ¡Ay!

ELENA Además, yo soy muy celosa.

CARLOS ¿Sí?

ELENA Mucho. Sentiría esa brisa de que te hablo y no te dejaría vivir. Te registraría los bolsillos...

CARLOS ¡Eso no!

ELENA ¡Eso sí! Te registraría también los papeles de tu despacho, la cartera; te seguiría á todos lados sin que tú me vieses; te daría escándalos; te pondría en ridículo; te lloraría en la alcoba por las noches...

CARLOS ¿Tú también? ¿No basta con los niños?

ELENA No basta.

CARLOS Pero ¿por qué ha de ser así todo eso?

ELENA Porque así es. Porque la vida está llena de

momentos prosaicos, de dolores pequeños, de amarguras ridículas, capaces de acabar con toda la poesía del amor más grande y más puro.

CARLOS ¡Oh!

ELENA En cambio, Carlos, si tenemos el valor de separarnos esta noche para no vernos más, eternamente vivirá en tu alma, como aroma ideal, el recuerdo de aquella viajera soñadora, que sorprendió tu sueño una noche para despertarte al amor, y en mí el recuerdo placentero, más placentero por ser triste, de aquel caballero enamorado que soñaba con raptos de monjas, en un bosque poético, á la luz de la luna, arrullado por las ondas de un río... Separémonos, Carlos. Es mucho mejor: separémonos. Se levanta. Silencio. Carlos medita: luego se levanta también.

CARLOS Separémonos, sí. Pero has de jurarme no olvidar jamás esta noche.

ELENA Si te lo jurara, puede que la olvidase. Pero no te lo juro, y no la olvido. ¿Y tú, la olvidarás?

CARLOS Nunca. Y siempre que la luna brille en mi cielo tan clara como esta noche brilla, yo la miraré con este amor que tú me has inspirado.

ELENA Pues en su luz encontrarás mis ojos. Adiós, Carlos.

CARLOS Adiós, Elena. ¿Y ahora, me consientes que te bese en la mano?

ELENA Ahora, ¿para qué? Los besos de este amor que nos separa, no suenan. Adiós... caballero del bosque.

CARLOS Adiós... rayo de luna.

Se estrechan las manos y se apartan uno del otro emocionadísimos.

Sale Don Facundo precipitadamente por donde se fué.

D. FAC. Niña, niña.

ELENA ¡Ay, tío, que me ha asustado usted!

D. FAC. El tren de auxilio está al llegar, ¿sabes? Reparando en Carlos. ¿Eh? Aparte con ella. ¿Quién es este viajero?

ELENA — No lo sé: no lo he visto en mi vida hasta esta noche, y ojalá no vuelva á encontrarlo en mi camino. ¡Lo adoro! Se va por la derecha, dejando estupefacto a su tío.

D. FAC. — ¡Cáspita! Mi sobrina se ha vuelto loca. A Carlos. Caballero, usted me dispense. ¿Conocía usted á mi sobrina?

CARLOS — No, señor. Esta noche ideal la he visto por primera vez en mi vida. ¡Haga el cielo que sea la última que la vea! ¡La idolatro! Se va por la izquierda.

Don Facundo, mirando alternativamente á uno y otro lado, se santigua sin palabras.

ELENA — Dentro.

¿Quieres que conservemos una dulce
memoria de este amor?

CARLOS — Dentro también.

Pues amémonos hoy mucho, y mañana
digámonos «¡adiós!»

ELENA — ¡Adiós!

CARLOS — ¡Adiós!

D. FAC. — ¡Adiós, Madrid! ¿Pasará por algún manicomio el tren de auxilio?

Sigue mirando á uno y otro lado, con un palmo de boca abierta, mientras cae rápidamente el telón.

FIN

Madrid, Diciembre, 1907.

OBRAS DE LOS MISMOS AUTORES

Esgrima y amor, juguete cómico. (2.ª edición.)
Belén, 12, principal, juguete cómico. (2.ª edición.)
Gilito, juguete cómico-lírico. Música del maestro Osuna. (2.ª edición.)
La media naranja, juguete cómico. (2.ª edición.)
El tío de la flauta, juguete cómico. (3.ª edición.)
El ojito derecho, entremés. (3.ª edición.)
La reja, comedia en un acto. (4.ª edición.)
La buena sombra, sainete en tres cuadros, con música del maestro Brull. (6.ª edición.)
El peregrino, zarzuela cómica en un acto. Música del maestro Gómez Zarzuela. (2.ª edición.)
La vida íntima, comedia en dos actos. (3.ª edición.)
Los borrachos, sainete en cuatro cuadros, con música del maestro Giménez. (2.ª edición.)
El chiquillo, entremés. (5.ª edición.)
Las casas de cartón, juguete cómico. (2.ª edición.)
El traje de luces, sainete en tres cuadros, con música de los maestros Caballero y Hermoso.
El patio, comedia en dos actos. (4.ª edición.)
El motete, pasillo con música del maestro José Serrano. (2.ª edición.)
El estreno, zarzuela cómica en tres cuadros, con música del maestro Chapí.
Los Galeotes, comedia en cuatro actos. (3.ª edición.) Traducida al italiano con el título de *I Galeoti* por Giuseppe Paolo Pacchierotti.
La pena, drama en dos cuadros. (2.ª edición.) Traducida al italiano con el mismo título por Giuseppe Paolo Pacchierotti.
La azotea, comedia en un acto.
El género ínfimo, pasillo con música de los maestros Valverde (hijo) y Barrera.
El nido, comedia en dos actos. (2.ª edición.) Traducida al catalán con el título de *Un niu* por Joaquín María de Nadal.
Las flores, comedia en tres actos. (2.ª edición.) Traducida al italiano con el título de *I fiori* por Giuseppe Paolo Pacchierotti.
Los piropos, entremés.
El flechazo, entremés. (2.ª edición.)
El amor en el teatro, capricho literario en cinco cuadros, prólogo y epílogo.
Abanicos y panderetas ó ¡A Sevilla en el botijo! humorada satírica en tres cuadros, con música del maestro Chapí.

La dicha ajena, comedia en tres actos y un prólogo. (2.ª edición.) Traducida al alemán con el título de *Das fremde Glück* por J. Gustavo Rohde.
Pepita Reyes, comedia en dos actos. (2.ª edición).
Los meritorios, pasillo.
La zahorí, entremés.
La reina mora, sainete en tres cuadros, con música del maestro José Serrano. (2.ª edición.)
Zaragatas, sainete en dos cuadros.
La zagala, comedia en cuatro actos.
La casa de García, comedia en tres actos.
La contrata, apropósito.
El amor que pasa, comedia en dos actos. Traducida al italiano con el título de *L'amore che passa* por Giuseppe Paolo Pacchierotti.
El mal de amores, sainete con música del maestro José Serrano.
El nuevo servidor, humorada.
Mañana de sol, paso de comedia. Traducido al alemán con el título de *Ein sonniger Morgen* por Mary v. Haken.
Fea y con gracia, pasillo con música del maestro Turina.
La aventura de los galeotes, adaptación escénica de un capítulo del *Quijote*.
La musa loca, comedia en tres actos.
La pitanza, entremés.
El amor en solfa, capricho literario en cuatro cuadros y un prólogo, con música de los maestros Chapí y Serrano.
Los chorros del oro, entremés.
Morritos, entremés.
Amor á oscuras, paso de comedia.
La mala sombra, sainete con música del maestro José Serrano.
El genio alegre, comedia en tres actos.
El niño prodigio, comedia en dos actos.
Nanita, nana... entremés con música del maostro José Serrano.
La zancadilla, entremés.
La bella Lucerito, entremés con música del maestro Saco del Valle.
La patria chica, zarzuela en un acto, con música del maestro Chapí.
La vida que vuelve, comedia en dos actos.
A la luz de la luna, paso de comedia.

Pompas y honores, capricho literario en verso por *El diablo cojuelo*.
La madrecita, novela publicada en *El cuento semanal*.

Precio: UNA peseta

FUENTES
Y
[illegible]
MUSICA PIANOS
Y LIBRERIA
[illegible] 29
MADRID